

GENETICA Y LIBERTAD¹

BERNARD EDELMAN

Carácter sagrado de la vida y calidad de la vida

La biología suscita una violenta controversia alrededor de la noción de libertad. A priori, los términos de esta controversia son simples: ¿en qué situación soy más libre? Rechazando las posibilidades que me ofrece, virtualmente, la genética, o aceptando correr los riesgos de ella?

Lo que es problemático en este debate no es, evidentemente, plantear la cuestión, sino la manera como la consideran algunos de nuestros "pensadores". Tomaré esencialmente como modelo a P.A. Taguieff, quien ha escrito un artículo provocador en la revista *Esprit* y, de manera más parcial, a R. Frydman, quien ha expuesto su posición en *Liberación* del 3 de mayo de 1990. De un lado un "pensador", del otro un médico.

Para Taguieff, "Los problemas bioéticos planteados públicamente desde hace algunos años en Francia, parecen remitir a un dilema fundamental que se puede formular así: "el carácter sagrado de la vida o la calidad de la vida"². La fórmula desarrollada de este dilema –que se transformaría en antinomia– sería la siguiente: "De una parte, el respeto incondicional de la dignidad del hombre en toda persona, interpretable como respeto de la naturaleza humana que encarna un valor infinito, que

implica por lo tanto el respeto de la integridad somáticosíquica de la persona; de otra parte, el ideal supremo de un perfeccionamiento indefinido de la naturaleza humana, en el sentido de que la humanidad presente sólo vale en la medida en que es medio para realizar la humanidad futura, según el principio de lo menos malo (eugénica negativa) o de lo mejor (eugénica positiva)".

Así planteada, la resolución de la antinomia sería luminosa. Si el Estado –la esfera pública– interviniere imperativamente para reglar las cuestiones que tienen que ver con la medicina fetal, se estaría entonces en el eugenismo. Por el contrario, si se dejara a los individuos –la esfera privada– el cuidado de practicar para su propio cuerpo actos de eugenismo, se estaría en la libertad. R. Frydman da un ejemplo elocuente: "Si una directiva o una autodirectiva de un grupo decidiera que todos los mongólicos deberían ser eliminados, habría una decisión basada sobre el eugenismo. Actualmente el respeto del individuo nos conduce a nunca imponer nada, a dejar a los padres la decisión de su suerte y sobre la suerte del feto...". Frydman, a este respecto, se apoya en el sicoanalista Daniel Sibony y en su obra *Entre dire et faire* y dice esta frase: "La paradoja hoy es una ley (...) que debe dictar regulaciones para impedir que las prácticas colectivas y uniformes se impongan, pues es de ellas de donde vendría la tendencia eugénica". Y Frydman concluye: "Para él, como para mí, el peligro reside efectivamente en la definición colectiva del bien y del mal". Esta conclusión se une a la de Taguieff: "Condenada en la escena ideológica por una coalición de bien-pensantes, lo eugénico de carácter individualista no regiría más las prácticas –situadas entre el rechazo de lo peor y el deseo de lo mejor–. De allí el hiatus entre un país legal y "vir-

1. Traducción de Víctor Manuel MONCAYO C., profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Colombia. Revista *Droits*, No. 13. PUF, París, 1991. El nombre del artículo hace referencia al de una asociación compuesta de investigadores en biología, cuyas iniciales forman la sigla GEL.

2. *Esprit*, noviembre 1989, p. 99.

tuoso" y un "país real donde corrientemente se practica lo eugénico". Los términos del debate se pueden descomponer así: de un lado, el carácter sagrado de la vida, la "virtud" y la definición colectiva del bien y del mal; de otro, la calidad de la vida, el mejoramiento de la condición humana, la definición individual del bien y del mal, y la libertad individual.

Volvamos, para ver las cosas más claras, al dilema, que me parece extremadamente fecundo: carácter sagrado de la vida o calidad de la vida. Por regla general un dilema, para ser pertinente, supone términos antítéticos: si se me plantea escoger entre la carrera a pie y el régimen parlamentario, salvo que sea un campeón olímpico, no vería muy bien donde está la elección. Ahora bien, sabemos muy bien que lo "sagrado" se opone a lo profano, que se sitúa "delante del templo" –profanum–, de la misma manera que un orden eclesiástico se opone a un orden laico. Lógicamente el dilema debería ser el siguiente: carácter sagrado o profano de la vida.

Ahora bien; según se adopte la primera o la segunda forma del dilema, los efectos que se infieren cambian completamente. En la primera forma, mi elección es luminosa: reconozco que la vida tiene un carácter sagrado –y de esa manera, en el orden político, obro como un "conservador", un "reaccionario", y respecto de la ciencia, actúo como un "obscurantista", un adversario del "mejoramiento" de la condición humana en nombre de algo trascendente–, o soy favorable a la "calidad" de la vida y en tal caso, en el orden político, me comporto como un progresista, un demócrata, y con relación a la ciencia, soy un hombre "iluminado", confiado y persuadido por el progreso infinito de los conocimientos. Por el contrario, si adhiero a la segunda forma –la única correcta–, mi posibilidad de opción se limita considerablemente: o defiendo laantidad de la vida o estoy de acuerdo en que es profana. En el primer caso, debería lógicamente oponerme a toda modificación de la naturaleza humana, pero que haría en el segundo? Todas las variaciones son posibles. Puedo ser, como "profano", en el orden político, conservador, reaccionario e inclusive nazi –los alemanes son incurablemente paganos decía Freud–, pero sin embargo puedo ser favorable a las ciencias y a las técnicas

hasta donde sé Hitler promovía la genética; puedo también ser demócrata y asustarme del poder científico, seguir vinculando sexualidad y procreación, estimar que la libertad individual debe ser limitada por el orden público, y oponerme, en nombre de un humanismo laico, a toda modificación de la naturaleza humana y a la degradación del medio ambiente. En otras palabras, ser profano como ser "laico" o "demócrata", en nada prejujga de mi actitud con respecto a la "vida" ya su "mejoramiento". De otra parte, en una pequeña nota, el mismo Taguieff reconoce "que con toda certeza hay que tener en cuenta una versión antitotalitaria, expresamente de izquierda (!) y atea, de la denuncia del "totalitarismo biológico"... Pero, entonces, se trata de una mala reescritura del libro *Le Meilleur des mondes*, es decir de la puesta en funcionamiento de clichés catas-tróficos, propios de la visión de un "apocalipsis biológico"... Esta versión, "de izquierda y atea", no solamente es demagógica sino rentable, pues la denuncia de la tentación biocrática "se convierte en algunos periodistas-ideológicos, en un fondo de comercio". Esta expresión nos trae muy, pero muy malos recuerdos.

Si este dilema no tiene, por lo tanto, pertinencia lógica, presenta por el contrario un interés estratégico. Se trata, ni más ni menos, que de reanimar la guerra del oscurantismo contra el Iluminismo, de la teología contra la ciencia. Galileo contra la Iglesia, Voltaire y el caso Callas, Diderot contra la censura, etc. Si usted no está a favor de la "calidad de la vida", es un "grenouille de bénitier", un "calotín", o peor aún, usted "comercia" con la credulidad del pobre pueblo. Nos encontramos, pues, frente a Robespierre, Saint Just o con algunas migajas de P. Duchesne, es decir con la peor tradición revolucionaria francesa. Además, de esta manera el dilema juega también, muy sutilmente, sobre otro registro simbólico: la "calidad", elegante y técnica, contra lo "sagrado", arcaico y misterioso. Mientras que la calidad apela a la razón, a la transparencia y, paradójicamente, a la medida (las normas de calidad), lo "sagrado" apela a lo extraño, lo irracional, lo hierático. Como podríamos aún, en el siglo XX, mantenernos dentro de lo "sagrado"? El islam diariamente nos muestra el horror de los fanatismos! Los integristas cristianos también quisieran comportarse de la misma manera, y Le Pen le canta misa a Santa Juana de Arco! La

"calidad" es limpia, translúcida, no puede engañar su mundo. Frydman, en su inimitable estilo, no dudará en decir que es preciso dar a los padres "todos los medios necesarios para apreciar la calidad de vida de los posibles futuros (sic!) del recién nacido.

Esta toma de posición semántica está al servicio de una tesis: nos convence de que nuestra condición presente es de mala "calidad", por cuanto aún está sumergida en lo sagrado y que, por tanto, sería bueno cambiar de paradigma y orientarnos resueltamente hacia la "modernidad". Dicho de otra manera, descalificando nuestra vida de hoy, despreciando sus valores ya desprendidos y dibujando, frente a nuestros ojos deslumbrados, el cuadro maravilloso de una vida de mejor calidad, se nos dice que la utopía es finalmente científica y, por lo tanto, realizable. Viejas lunas, en verdad! Nosotros los "modernistas nunca hemos alcanzado la edad del hombre: nos falta aún jugar con la utopía-ayer política, hoy biológica.

Pero quien no ve que este dilema no solamente es terrorista, no solamente abre el espacio de la desgracia, sino también el del parricida y del verdugo. El terrorismo se deduce de la falsa antítesis: si no estamos a favor de lo sagrado, debemos estar en favor de la "calidad", pues esa es la elección que se impone. Y si estamos por la "calidad", entonces estamos por la ciencia y por el mejoramiento de la naturaleza humana: esa es la lógica de nuestra opción. De esta manera, el terrorismo asume así la forma de una falsa alternativa presentada como indubitable: si Usted está por la carrera a pie, es porque Usted está contra el régimen parlamentario! Escoger entre dos opciones... sin relación lógica, ese es el terror. El espacio de la desgracia se deduce de este mismo terror. La circunstancia de que nos encontramos aún dentro de lo "sagrado", es decir en

“Los términos del debate se pueden descomponer así: de un lado, el carácter sagrado de la vida, la virtud y la definición colectiva del bien y del mal; de otro, la calidad de la vida, el mejoramiento de la condición humana, la definición individual del bien y del mal, y la libertad individual”

"posibles futuros" – poco importa a nuestros valientes soldados", se "ayudará" a la gente, se le apoyará, se les desarrollará, dice Frydman, "un clima de tolerancia frente a los miembros de la sociedad que no están en la norma". Cuando los autores de vuestra propia desgracia te tiendan los brazos, con las lágrimas en los ojos, como resistirlo! Son tan buenos! Os volvieron desdichados por vuestro bien! Son los filántropos del sufrimiento!

El espacio del parricida? Pero, si al fin y al cabo nuestra humanidad presente y pasada no vale un centavo, los que la han creado –nuestros "padres", nuestros "autores"– tampoco valen gran cosa! Ellos dejan nacer "retardados", aceptan lo "monstruoso", soportan la fatalidad de una condición humana lamentable. Nosotros, hijos de la ciencia, borraremos eso del reverso de nuestra mano. Nuestros filántropos, protegidos por la biología, arreglan viejas cuentas: adolescentes mal envejecidos fundan su nueva legitimidad sobre la destrucción de los padres. Freud

nuestra condición presente, es verdaderamente insoportable, dado que podríamos vivir mejor mejorándonos; sin embargo, aún no nos hemos mejorado. De un lado como del otro, deberíamos estar abrumados: no somos ya más lo que éramos, sin ser aún lo que seremos. En la desgracia, nos aproximamos a ese límite en el cual, privados de decir "yo", privados también del mundo, no seríamos que ese otro que no somos³. Humanidad desgraciada cuyo único recurso sería modificarse, esa es la solución. Que el precio de esa solución sea el sufrimiento –como el de esos padres obligados a elegir entre dos embriones desde el punto de vista de la calidad de vida de sus

3. Blanchot, L'entretien infini, Gallimard, 1969.

hablaría de “horda salvaje”; hablemos mejor de “horda genética”. Digamos, en su defensa, que los biólogos desde siempre han acariciado ese viejo sueño. Entre decenas de citas, he aquí una que me impresiona: “es en nombre de la biología humana que es preciso enseñar e imponer la moral a los individuos y a las naciones si se quiere dar a esta moral, social e internacional, una base y una autoridad absolutamente indiscutidas y necesariamente reconocidas por todos”⁴.

En fin, el dilema abre el espacio del verdugo. Pues, nos retumba en las orejas con esta cantinela: no confundamos el eugenismo de la libertad con el eugenismo totalitario y nazi, observemos las cosas con más cuidado. ¿Qué quería el verdugo nazi? Descalificar entre los torturados la noción misma de vida; demostrar que el hombre no era sino un “material biológico”, negar en él la naturaleza. Pues, “para los fascistas, la naturaleza no es sino basura. Solamente la fuerza astuta que supervive tiene el derecho de su lado. Ella es a su turno naturaleza pura, todo el mecanismo sofisticado de la sociedad industrial no es sino naturaleza que se desgarra”⁵. Había que hacer creer a la víctima que el sólo hecho de continuar viviendo como ser humano era una injuria; pero hay que tener en cuenta que los nazis no lograban todavía suprimir la simple dignidad vinculada a la “vida” humana, sagrada o no sagrada. Veamos, a título de ejemplo, este sorprendente análisis del libro de Antelme. “Administrador de la más formidable potencia que existe en el mundo: ante el derecho de barrerlo de la miseria que lo rodea, el SS se enfrenta a un obstáculo: la reivindicación tácita pero incombustible en el deportado de pertenecer a la especie envilecida. Antelme la vive como una revelación. No es ni moral, ni filosófica, ni aún metafísica, es de orden biológico: conservándose vivo, el deportado niega la omnipotencia del SS, mientras brilla en sus ojos de manera absoluta la conciencia de una solidaridad con la colectividad humana y la historia. La condición humana a la cual se le quiere reducir no es sino apariencia. El SS sabe que no es sino

apariencia y es allí, en lo alto de su potencia, que reafirma su derrota: la mutación biológica rechaza funcionar”⁶.

La mutación biológica rechaza funcionar! No despreciamos nuestra vieja condición biológica: ella es también, como tal, una resistencia al verdugo. No despreciamos nuestra historia biológica. “La humanidad ha tenido que morir en su conjunto, por la prueba que han sufrido algunos (aquejados que encarnan la vida misma, casi la totalidad de un pueblo prometido para una presencia perpetua). Esa muerte aún permanece”⁷.

El hecho de que la vida humana, la vida biológica sea sagrada o profana, no es un problema para nosotros: basta que sea digna. Ahora bien; la dignidad está extrañamente ausente del dilema que se nos propone, aunque Taguieff la reintroduce en su fórmula desarrollada de una cierta manera. Sin embargo, si Taguieff o Frydman, hubiesen leído una vez en su vida la Convención europea de los derechos del hombre, se habrían dado cuenta que ella otorga protección no a la “vida” sino a la dignidad: no ser torturado, no sufrir tratamientos inhumanos o degradantes, no ser reducido a la esclavitud o a la servidumbre. La “calidad” de vida equivale a la dignidad? He ahí la verdadera cuestión. Volveremos sobre ello. La libertad de la “modernidad” se reduce a una libertad para la muerte.

Sobre una antinomia del sacrificio

La fórmula desarrollada del dilema es plenamente sorprendente. Nos dice Taguieff que habría una contradicción absoluta entre dos visiones de la naturaleza humana: de un lado, se plantearía su respeto como algo dado que encarnaría la dignidad del hombre -lo que implicaría “el respeto de la integridad somático-síquica de la persona”; de otro, se tendería hacia el ideal supremo de su perfeccionamiento indefinido, “la humanidad presente no valdría sino en cuanto es medio para realizar la humanidad futura”. Respecto del dilema precedente,

4. Dr. Grasset, *La biologie humaine*, Flammarion, 1917, p. 117.

5. Horkheimer-Adorno, *La dialéctica de la razón*, Gallimard, 1974, p. 276.

6. M. Nadeau, *Graces leur soient rendues. Mémoires Literaires*, Albin Michel, 1990, p. 78.

7. Blanchot, *Après coup*, Minuit, 1983, pp. 98-99.

esta antinomia precisa ciertas cosas y aporta una idea nueva.

Se puede comprender fácilmente cómo Taguieff pasa del "carácter sagrado de la vida" a la "naturaleza humana". Pero, lo que es más interesante es el contenido que le otorga. Lo "sagrado", en realidad, no oculta otra cosa que la "dignidad" del hombre, concebida como el "respeto de la integridad somático-síquica de la persona". Dicho de otra manera, pues el propio Taguieff escribe que su antinomia "radicaliza" el dilema, se debe comprender que la traducción "profana" de lo "sagrado" es la concepción jurídica de la persona. Pues es precisamente el derecho el que protege la integridad de la persona y pone en movimiento el gran principio Noli me tangere. El derecho penal, en sus tipicidades específicas de "golpes y heridas", de abandono del niño, etc., así como el derecho civil en sus calificaciones de derecho de la persona, derecho de la personalidad, o el derecho laboral en su protección del cuerpo del trabajador, o el derecho constitucional que incorpora la Declaración de los derechos del hombre...

Es, por lo tanto, el derecho positivo el que es atacado de frente y, en el corazón del derecho, es el orden público el enemigo a derrotar, pues se opone a un "mejoramiento" de la persona humana, a un ejercicio "liberal" de sus nuevas libertades. Como única prueba –pero es de gran peso– veamos este reciente fallo de la Corte de Casación que prohíbe las convenciones sobre "préstamos de úteros", en cuanto "ellas al mismo tiempo ponen a disposición de los usuarios tanto las funciones reproductivas de la madre como el niño por nacer"⁸. No es digno, para una mujer, "arrendar" su útero, no es digno "contratar" –o especular– sobre el nacimiento de un niño. Hay que arrojar ese fallo a las ortigas por cuanto tiene una visión "sagrada"

"El dilema juega también, muy sutilmente, sobre otro registro simbólico: la calidad, elegante y técnica contra lo sagrado, arcaico y misterioso. Mientras que la calidad apela a la razón, a la transparencia y, paradójicamente, a la medida (las normas de calidad), lo sagrado apela a lo extraño, lo irracional, lo hierático"

de la vida? Si aceptamos esto, la "modernidad" de la cual se prevalecen nuestros pensadores se parecería a la economía de mercado generalizada, en la cual todo se vende, todo se compra, todo se arrienda, siempre y cuando la vida el –confort– se mejore. Pero se trata, evidentemente, del derecho de los "bien-pensantes", de un orden público de los diplomáticos y de los guardianes de la ortodoxia: Es, por naturaleza, "conservador", "reaccionario", a los ojos de nuestros ex-revolucionarios que oportunamente han desplegado la bandera del Liberalismo para realizar su proyecto inconfesado –destruir la libertad en nombre de la libertad. Ya veremos mediante qué maniobras.

La antinomia de Taguieff, sin embargo, aporta una idea radicalmente nueva: en la perspectiva de un funcionamiento indefinido de la naturaleza humana, la humanidad presente no valdría sino como medio para realizar la humanidad futura. Y obviamente, nadie dice que la humanidad de mañana valdrá como medio para realizar la humanidad de pasado mañana, etc. Esta proclamación es sorprendente por muchos aspectos. Sabemos, al menos desde Kant, que la regla de oro de la ética es no considerar nunca al hombre como un medio sino como un fin. No se trata de una insistencia estéril sino de un principio consubstancial a nuestra concepción de la libertad. Pues si otro se convierte en un medio, suprime mi libertad al suprimir la suya. Eso quiere decir que la comunidad de los hombres no tiene existencia moral colectiva sino en cuanto existe un reconocimiento recíproco de los individuos como personas libres. Sin ello, estamos en el esclavismo. Ahora bien; si no somos sino el medio para

8. Fallo del 13 de diciembre de 1989.

realizar la humanidad futura, habría que deducir lógicamente que nos instituimos como esclavos de esta humanidad futura. A primera vista, habría allí grandeza. La dimensión propia del sacrificio siempre es halagüeña para quien se sacrifica y el sacrificio de la vida es heróico.

Pero veamos las cosas más de cerca. Verdaderamente seremos "sacrificados"? No seremos más bien "sacrificadores"? Veamos como se organiza, concretamente, este sacrificio y nos daremos cuenta que se trata de una incommensurable hipocresía.

Dos ejemplos de sacrificio: La elección de sexo en la India y el secuenciamiento ("séquencage") del genoma humano.

El diagnóstico prenatal ofrece un nuevo método para tener uno o varios hijos varones. Los informes gubernamentales indios estiman que se ha matado, en la sola región de Bombay, entre 8000 y 10.000 fetos de sexo femenino, de 1978 a 1982⁹.

Los médicos que practican esos "feticidios" se justifican diciendo que impedían no solamente el sufrimiento y la muerte de las hijas no deseadas, sino también el sufrimiento de las mujeres que no tendrían varones. El único efecto de una ley votada en 1988 en el Estado de Naha-rashtra, donde se encuentra Bombay, que preveía un año de prisión y una suspensión de ejercicio profesional por dos años para los médicos que procedieran a un diagnóstico prenatal para la selección del sexo y comunicaran el sexo del feto¹⁰, fue aumentar el precio de la intervención de 700 a 5000 francos. ¿Qué dirían Taguieff, Frydman y Sibony? Que el Estado se ha equivocado al prohibir esas prácticas, pues ha dado "una definición colectiva del bien y del mal"? Que esa ley es una "paradoja", pues prohíbe que se impongan prácticas colectivas? Que es preciso "dejar a los padres decidir su suerte y la suerte de sus fetos"? Que los parlamentarios que votaron esa ley constituyen una "coalición de bien-pensantes", crispados sobre una "bioética gerontocrática"

y que, debido a esta denuncia que hago, yo gerencio mi "fondo de comercio"? Mejor aún: nuestros buenos liberales humanistas, que se interesan por la "calidad" de la vida, no verán allí la prueba de que es necesario dejar al mercado equilibrarse: pues, a 700 francos los "pobres" pueden aún pagar, pero a 5000 francos sólo los ricos tienen acceso al eugenismo individual! Además, cuando las niñas se vuelvan "escasas", valdrán más caro, y la demanda acrecentada conducirá a procrearmás niñas! Pero quien es el sacrificado en este caso? Los padres o los fetos de sexo femenino? La humanidad futura de Bombay ha sido "sacrificada" por su humanidad actual.

Pero, esos no son sino "embelecos" arcaicos. Más impresionante es el último editorial de la famosa revista Science titulado "The rational approach to the Irrational"¹¹. Comienza como un thriller de serie B. "La última semana un demente, armado de un fusil, aterrorizó a rehenes en un bar de Berkeley. Mató a uno e hirió a muchos otros". El editorialista, después de habernos "enganchado", prosigue en estos términos: "los homicidas maníacos siempre han existido en todas las culturas, a lo largo de la historia humana. La respuesta moderna de las sociedades a esos comportamientos caóticos ha consistido a menudo en escrutar la infancia, para comprender el nacimiento y las circunstancias que explicarían esos comportamientos aberrantes. No hay nada que decir sobre ese tipo de investigaciones... Sin embargo, es el gran momento para que el mundo reconozca que el cerebro es un órgano como cualquier otro -como los riñones, el hígado o el corazón- y que se puede comportar mal no solamente cuando está lesionado, sino también debido a defectos hereditarios que nada tienen que ver con las influencias del medio. Hoy en día, cuando las investigaciones en el campo de las neuro-ciencias se expanden, se dispone, para tratar tales casos, de tres nuevos instrumentos de primera importancia. "El primero es la ingeniería genética, el segundo la posibilidad de dar una imagen del cerebro por medios físicamente inofensivos, el tercero el proyecto del genoma humano". Este proyecto representará para

9. D. T. Joseph, Amniocentesis and Fetal Feticide in Bombay, Bombay, 1986.

10. L.C. Bill, Maharashtra Legislature Secretariat, No. VIII.

11. E. Daniel, Koshland Jr. Science, 12 octubre 1990, vol 250, No. 49 78, 189.

nosotros una ayuda apreciable en el campo de las enfermedades mentales. "La esquizofrenia (enfermedad que se pensaba afectaba al hombre del fusil de Berkeley) y otras enfermedades mentales mayores pueden tener un origen multigénico. El secuenciamiento del genoma humano será un instrumento muy importante para comprender esta categoría específica de afecciones".

Llegados a este lugar, pasamos del thriller a la película de terror. "Las investigaciones de punta permiten curar algunas de estas enfermedades. Permitirán también practicar un diagnóstico predictivo para distinguir los que son severamente afectados de los que presentan solamente aberraciones sin importancia desde el punto de vista de las normas sociales". Eso permitirá reducir el crimen, pues a largo plazo "la solución se encontrará en el conocimiento necesario para producir diagnósticos y cuidados apropiados. La investigación para llegar a este conocimiento será rápidamente menos costosa y sus resultados más eficaces que una ley draconiana".

Así, por lo tanto, se tiene la buena esperanza de llegar a determinar los genes de la esquizofrenia o de toda "enfermedad mental" que no corresponda a las normas sociales; se tiene también la buena esperanza de eliminar de esta manera, gracias a un diagnóstico prenatal, todos los futuros "desviados", pues de la "enfermedad" al "carácter" y del "carácter" al comportamiento "agresivo" no hay sino un paso. El día en que se haya encontrado –o que se crea haber encontrado– el gene de la homosexualidad, por ejemplo, que impedirá la supresión, in ovo, de todos los homosexuales, el Sida continuará reinando o no? Eso costará menos. En el límite mismo, en el contexto de una estricta "economía de la salud", sería bueno suprimir no solamente todas las vidas que no vale la pena que sean vividas –pues constituyen un peso insopportable–

"Ellos dejan nacer "retardados", aceptan lo "monstruoso", soportan la fatalidad de una condición humana lamentable. Nosotros, hijos de la ciencia, borraremos eso del reverso de nuestra mano"

sino todos los fetos con afecciones para las cuales no se han encontrado aún remedios. La economía de la salud recomendaría la regulación de los nacimientos, como dá fe de ello la utilización en los Estados Unidos de los QALY, es decir las "unidades de calidad" de vida que permiten destinar determinado presupuesto a cierta enfermedad más que a otra teniendo en cuenta la "calidad de vida"¹². ¿Quién no ve el peligro? Gracias a la generalización del diagnóstico prenatal no solamente se normalizará la humanidad futura sino inclusiva, y sobre todo, se la hará

conforme con nuestros designios presentes. Es allí donde el generoso sacrificio de Taguieff y sus amigos muestra su verdadera cara. No se tratará, para nosotros, de ser el medio para realizar mejores generaciones futuras; se tratará, más cruelmente, de adecuarlas, de determinarlas según nuestro propio deseo. Su "mejoramiento" es la celada de nuestra tiranía.

En esa hipótesis, reencontramos una estrategia de muerte. Taguieff y sus amigos, generación perdida, van al asalto de nuevas barricadas: matar los padres, matar los hijos, el narcisismo del 68 se ha mutado en anarquismo devastador.

Genética y libertad

¿Cómo podríamos conciliar genética y libertad? A priori, podríamos soñar sea con fijar límites a la investigación en genética, sea con prohibir la facultad de usar sus recursos. De una u otra manera, este método es impracticable.

12. Ver J. Rawles y Kate Rawles, "The QALY argument". Journal of Medical Ethics, 1990, 16, 93-94.

Fijar límites a la investigación es un engaño. En nuestra sociedad occidental, la ciencia como actividad social presenta la característica única de ser metajurídica. En cuanto a la libertad de investigación es, si se puede decir, de derecho natural. La razón de ello es muy simple, aún cuando sus causas sean muy complejas: en efecto, por la investigación científica, pretendemos comprender y dominar las leyes naturales; ahora bien, dominar la naturaleza es un fin superior al cual el propio derecho está sometido, pues está ligado al destino mismo de la especie humana. El "derecho de saber" es uno de los fundamentos de la civilización occidental.

Prohibir la utilización de la genética me parece no solamente imposible sino perjudicial. Imposible, pues resucitaría el suplicio de Tántalo. De otra parte, las leyes del mercado rápidamente se encargarían de eludir la prohibición, y un día u otro, la clandestinidad recibiría consagración legal. Perjudicial, pues es verdad que la genética puede ser beneficiosa, como lo demuestra el diagnóstico de la trisomía 21 (mongolismo), y de otras anomalías. Más aún si se piensa en ciertos diagnósticos de enfermedades espantosas (como el síndrome de Alzheimer) que desarrollan sus efectos a los cincuenta o sesenta años!

El peligro no está allí: está en la espiral demoníaca que nace en la absorción de la libertad por la calidad de la vida, para terminar en el mejoramiento de la naturaleza humana. Por terapia génica se puede estimar que se puede suprimir determinado gene portador de un terrible mal, pero siempre y cuando no afecte las células germinales, es decir que esa modificación no sea hereditaria. Si se estima, por el contrario, que un "feto caracterial" o "suicidario" debe no solamente ser curado sino modificado, tanto para la persona de que se trate como para sus propios descendientes, pienso que en ese momento el límite se ha franqueado. Pues, lo que está en discusión, no es la libertad de los padres, ni la esfera privada ni la pública, sino la esfera de la humanidad. La humanidad futura tiene derecho a sus propias desviaciones, a sus experiencias terribles y benéficas. Se dirá que eso es cruel, pero donde está la crueldad? En la salud o en la enfermedad? Yo diría: ni aquí ni allá. Está en la instauración

de la patología como norma social. No sabemos muy bien qué es un esquizofrénico, ni tampoco muy bien qué es un sicótico, y menos aún cuál es la frontera que separa al neurótico del sicótico, y al hombre normal del neurótico. Para que valdrá una nosología de las afecciones mentales, una "tabla" de las enfermedades "normales", "paranormales", o "cuasinormales"...? Hoderlin era normal, o Nietzsche, o tantos otros? El arte es "normal"? La "calidad de vida" definida por el médico es, con todo el respeto que merece, un crimen o más bien una impostura criminal.

Pero, como se nos susurra al oído que somos libertadas, por cuanto queremos impedir el ejercicio de las nuevas libertades, dado que sostenemos tercamente que "la calidad de la vida" no podría fundar la libertad, así como la patología no podría fundar una norma social, preguntémonos qué es verdaderamente la libertad. En este caso, no se buscará ya más saber si la libertad puede ser o no limitada, sino si puede justificar, como tal, la modificación de la naturaleza humana.

Libertad y genética

Hagamos claridad: la genética ha asumido los rasgos del gran Tentador. Ella es "el espíritu que siempre niega" y, pobre Margarita, el amor no puede resistir a ella: "No es solamente el amor romántico entre los sexos que, como metafísica, cae bajo el golpe de la ciencia y de la industria, sino todo el amor en general, pues ningún amor puede sostenerse frente a la razón: ni el de la esposa frente al esposo, ni entre amantes, ni el de los padres, ni el de los hijos"¹³. La ciencia apela no solamente a la razón sino al orgullo de la razón; se es aún libre si se cede a ella? No lo creo, pues la última libertad que la genética quisiera legarnos es el golpe de fuerza, la magia y la teología.

Esta libertad tiene que ver con el golpe de fuerza, pues sólo un golpe de fuerza contra la libertad puede fundar la esclavitud. Ser juez de la futura libertad de otro, significa plantearse si es deseable suprimir la vida de alguien, dejársela gozar, o modificar su naturaleza suprimir un feto

13. Horkheimer y Adorno, op. cit, p. 12-47.

de sexo femenino (y no un feto con una afección incurable, lo cual no es una decisión caprichosa), suprimir o dejar vivir un "feto caracterial", modificar o no modificar su patrimonio genético significa apreciar esa libertad y, por lo tanto, pronunciarse sobre su valor. Ahora bien, sólo un amo puede estatuir sobre la libertad del esclavo, instituyéndose como juez supremo de su calidad de hombre. Su decisión –si yo quiero, permanecerás como esclavo; si yo quiero te libero– es meta-jurídica, pues es del resorte del poder y de la violencia, aún cuando el derecho la sancione.

No nos debe sorprender que sea la ciencia la que confiere hoy ese poder al "amo del feto": la libertad que el amo se abroga por sí mismo es de la misma naturaleza de la libertad que la ciencia se abroga por sí misma. Cada individuo que se comporta como amo, legitima de esa manera la ciencia en su poder, la fortifica y le dá aún más autoridad. Pero, nosotros sabemos que la libertad no soporta la astucia; se la utiliza como medio para volver a otro esclavo y cuando ello ocurre se metamorfosea en tiranía, en despotismo. Ahora, un tirano no puede llamarse libre cuando reina sobre un pueblo de esclavos. Un hombre que haya dominado sus "fetos", los habrá hecho esclavos; que tema algún día su revuelta! Si ciertos biólogistas se comportan como tiranos, eso es inherente a su propia ciencia; que quieran transformar a sus conciudadanos en tiranos –pues estamos en una democracia y podrían convertirlos... en su esclavos– se comprende, pues su ciencia está legitimada; pero que pretendan hacerlo en nombre de la libertad no es admisible, pues se nos estaría haciendo creer que la libertad puede basarse en el esclavismo. Ese es precisamente el golpe de fuerza.

Esta libertad tiene que ver con la magia. Está fundada sobre la idea, extraordinariamente sencilla, de que toda modificación de nuestra condición física iría en el sentido

**"Si uno
es artesano
de su vida,
se ama tanto la desdicha
como la felicidad.
Una vida
sin sombras
sería
tan fastidiosa
como un verano
de cincuenta
años"**

de un mejoramiento. Pero, de una parte, no somos capaces de imaginar, en sí mismo, una condición mejor que la nuestra, es decir cualitativamente diferente y, de otra parte, aun cuando lo pudiéramos no estaríamos seguros de lograrlo por la vía de la genética. Independientemente de quienes seamos, estamos limitados por principio. Un gran científico decía que cuando queremos describir los seres extra-terrestres se nos parecen, aunque uno no tenga sino un ojo, o un pie en lugar de la nariz, o si otro camina sobre la cabeza. ¿Como procederemos para imaginarnos una mejor

condición? Somos la suma de nuestras desdichas y nuestros deseos y eliminamos las primeras para conservar únicamente los segundos. Nuestras desdichas, lo sabemos muy bien, son en el orden físico, el sufrimiento, la enfermedad, la vejez y la muerte; en el orden moral, la soledad, la tristeza, la postración, el horror vacuo; en el orden político, la guerra, el hambre, la miseria, la tiranía. Que la medicina suavice, en el orden físico, nuestros sufrimientos, que haga regular la senectud y las fronteras de la muerte, es indudable y debemos rendirle honor. Pero que de allí podamos deducir un crecimiento de la libertad en el orden moral y en el orden político, pertenece al orden sobrenatural. Ciertamente, una mejor salud nos permite sufrir menos y en rigor gozar mejor de nuestras libertades. Pero nunca la libertad equivaldrá a una ausencia de dolor o de enfermedad, pues en tal caso todos los sanos serían libres y todos los enfermos esclavos. Mejor aún: reducir la libertad a la salud, es decir a una buena condición física, nos haría parecidos a un rebaño de vacas gordas y de pelo lustroso, que sólo soñaría en dos cosas: pastar y esperar al veterinario. No veo, en el orden moral, lo que la medicina podría aportarnos. Ciertamente puede adormecernos, calmarnos, ponernos a soñar mientras llegan días mejores, pero aunque nos modificará no nos mejorará. De otra parte, queremos eso verdaderamente? Si uno es artesano

de su vida, se ama tanto la desdicha como la felicidad. Una vida sin sombras sería tan fastidiosa como un verano de cincuenta años. En cuanto a la ciudad de nuestros sueños, no llegaría simplemente por el solo mejoramiento físico de la especie humana. Las guerras no cesan por que nos comportemos mejor –las guerras también existen entre los pueblos bien alimentados; y si juzgamos que el hambre en el mundo es un escándalo, tenemos que volver los ojos hacia la política y la economía y no hacia la genética.

Todo ello para decir que no nos imaginamos una libertad mayor de la que poseemos; nos imaginamos solamente un mejor ejercicio de nuestras libertades. Pero ejercer mejor nuestras libertades no se reduce a un crecimiento de la libertad. Marchar mejor, correr mejor, respirar mejor, no modifica el concepto de marcha, de carrera y de respiración. Decir que la “calidad de la vida” equivale a una libertad más verdadera en sí, sería tanto como apreciarla a la medida del placer y no de la dignidad. Un tirano tiene, ciertamente, una fabulosa “calidad de vida”.

De otra parte, si supusiéramos que fuéramos capaces de eliminar los “malos genes”, los de la tristeza, de la postración o de la desdicha moral, estaríamos verdaderamente seguros de que habríamos ganado en calidad? Podría alguien decírnos que lo “malo” no es la condición de lo “mejor” y que no se opone a la irrupción de lo “peor”? Ya sabemos que la erradicación de una determinada

enfermedad ha permitido que se propaguen otras enfermedades más espantosas; que será de la condición del hombre? La supresión de todos los remordimientos, por ejemplo, será un alivio, pero permitirá a la残酷 ejercitarse sin freno.

Finalmente, esta libertad que se nos promete es teológica. Nuestros biólogos y nuestros pensadores suponen, calculan y creen demostrar que el ejercicio de la libertad genética nos mejorará. Pero tal predicción no será justa sino a condición de que se coloque desde el punto de vista de la Providencia, es decir desde un punto de vista que pudiera asegurarnos que se sabe lo que llegará. Para tener tal certeza, hay que ser divino. Nuestros biólogos no son “divinos” y nuestros pensadores tampoco. Pero los primeros superan esa condición, pues fabrican la certeza de sus certezas y son metafísicos sin saberlo - y los segundos suplen esa condición con un optimismo beatío, según el independientemente de lo que se haga, se saldrá “mejorado”. De donde sacan ese optimismo, cuando la simple experiencia nos muestra que con los hombres siempre estamos seguros de lo peor? Hay que preguntarles.

Genética y libertad, ciertamente, pero una genética para cual libertad y no una libertad para cual genética? Nuestros queridos filósofos y médicos harían bien de retomarse dos veces antes de vituperar. De lo contrario algún día llorarán frente a sus juguetes rotos - y nosotros con ellos, pues al fin y al cabo estos son sus juguetes.